

Salvador Bueno

La cuentería criolla de Labrador Ruiz



ESDE hace tiempo sostengo la tesis según la cual Enrique Labrador Ruiz ha encontrado su exacto camino de narrador desde la publicación de sus "novelines neblinosos" agrupados en *Carne de Quimera* (1948). Otros pormenores aducidos contra esta tesis no suscitarían sino confusión. Porque, en realidad, es solamente a partir de estos cuentos que Labrador Ruiz enfrenta directamente, sin doblegar su arte literario, la caótica e inmediata atmósfera de su tierra y de sus gentes. Lo anterior —las "novelas gaseiformes"— fué preparación, tanteo, sabio ejercicio experimental. Después de los "novelines" aparece, como lógica secuela, como consecuencia obligada, la novela *La Sangre Hambrienta* (1950). No podía ser de otro modo. Ya que aplicamos la creación literaria a la captación del contorno que nos rodea, de la atmósfera que nos circunda, esta faena debe enfilarse derechamente las opacidades y los claroscuros, lo marchito y lo que está en agraz, lo que emerge en bosquejo y lo que decae en el olvido. Ningún rasgo permite desdeñosos, so pena de falsos esquematismos. Por eso la diversidad y complejidad de esa novela criolla.

Pero apuntemos de inmediato lo siguiente. Este escritor cubano ha logrado evitar los peligros de todas las tentaciones de lo costumbrista, de todas las bastardades de lo típico. Ahí está *La Sangre*

Hambrienta para evidenciar mi afirmación. Ya he asegurado en algún otro artículo que el ejemplo de Labrador Ruiz permite sospechar todos los horizontes que se abren a nuestra narrativa. Horizontes de arte, de arte genuino, no de caducos testimonios, de frágiles espejos sin azogue. Porque en *La Sangre Hambrienta* elabora los temas criollos, cubiches, con mano segura de creador, que forja, transforma esos materiales primeros, pero no se inclina, sumiso, ante el medio que lo rodea. Trabaja con los materiales nativos, pero con vuelo universal, con ansias de perennidad, con una socarrona sonrisa que delata sus propósitos.

Todo lo apuntado viene de nuevo a cuento y relación con el reciente volumen de "cuentería cubiche" que le place a su autor titular *El Gallo en el Espejo* (La Habana, 1953). Este vocablo, "espejo", permite el salto para imprevistas interpretaciones. Es que el arte narrativo de Labrador Ruiz no quiere ser pasivo espejo, sino todo lo contrario. El espejo recoge y devuelve la misma imagen ante él situada. Y en este autor el arte consiste en recoger, y devolver lo observado, en adecuada transfiguración, en estricta elaboración de perfiles, contornos y situaciones. Se me dirá que igual maniobra se verifica en toda labor artística. Exacto, así es. Pero, preguntemos: ¿desde cuándo anda nuestra literatura hispanoamericana acatando lastres pretéritos, falsas orientaciones?, ¿hasta cuándo estará tratando de captar nuestra existencia y nuestros paisajes y conflictos en abierta oposición a una cabal actitud creadora? Se hace necesario que el criollismo, el nativismo americano, abandone esas soluciones resignadas que hasta ahora ha asumido, de mero receptáculo ante la realidad de nuestro mundo.

Ya lo dice el autor, y él sabe por qué lo dice: "A quienes, por sobre toda otra consideración, estas espesas estampas dan la medida de un rastreo en nuestro carácter". Tal es la dedicatoria que encabeza el volumen. Ahí encontramos esos diálogos, esos rumores y chismes, ese qué dirán y no dirán que hacen la vida de un pueblo y que llena su atmósfera de murmullos. Si no, ¿qué otra cosa representa el sombrero de Caridad Mejía en el relato "Tu sombrero"? Símbolo-

lo de chismorreos y calumnia, pero también amuleto de victorias y eficaz engañalobos utilizado por el alcalde del pueblo, perito en picardías criollas.

Entre cuchicheos pueblerinos vive el secretario judicial que cuenta —con muchas idas y venidas de reproches y malentendidos— los incidentes que aparecen en “Nudo en la madera”. El autor anota irónicamente, entre guiños y sonrisas, lo que ocurre con estos personajes que no aparentan mayor importancia. Porque ninguna importancia tiene el hondo drama de Agustín Viera, ni el quejoso vivir recoleto de Caridad Mejía, ni las ilusiones y desengaños de Cósimo Cuétara, con su cerco morado en torno al dedo herido. ¿Y qué tendrá de singular la existencia horizontal de Anastasia, la firme figura esbozada en “La Torre y el Viento”? ¡Hay tantas como ella! Pues con esta arcilla están moldeados los personajes de Labrador Ruiz, y sus relatos quedan plasmados en esta atmósfera plana, de rutina cotidiana, de grisáceo transcurrir.

La mayoría de los nueve cuentos incluidos en *El Gallo en el Espejo* tiene como eje argumental las calumnias, chismorreos y maledicencias propios de la vida en un pueblo pequeño. No creo que en nuestras letras se haya presentado la existencia de un pueblecito del modo cabal que lo hace Labrador Ruiz. Nuestros narradores fueron hacia los problemas del agro, hacia la explotación económica del campesino, hacia los conflictos de nuestras clases más esquilmadas. Fuera quedaba el vivir de nuestra pequeña burguesía y, sobre todo, la existencia remansada, monótona, de esos pequeños pueblos. Labrador Ruiz ha internado su “cuentaría criolla” por esos vericuetos, y varios de los relatos de *El Gallo en el Espejo* ofrecen la veracidad de sus aciertos, la calidad de sus observaciones.

He tenido la oportunidad durante los últimos meses de hablar extensamente con Enrique Labrador Ruiz, en el viaje que juntos hicimos por varios países de la Europa occidental. En cierta ocasión me decía lo siguiente: “Yo no invento nada, simplemente observo, escucho, apunto lo que veo y lo que oigo”. Y no es falsa actitud modesta, porque así tiene que ser la labor del novelista, del narrador.

Los cuentos de *El Gallo en el Espejo* están llenos de sagaces observaciones sobre nuestro vivir insular. En sus páginas encontramos abundantes muestras de la exuberante producción de dicharachos y chistes que el pueblo cubano inventa pródigamente. Ya observé este punto en la composición de *La Sangre Hambrienta*. Y en este último libro, Labrador Ruiz maneja buena cantidad de ese léxico, de esos refranes cubanos, de esa creación viva, burbujeante, que es el habla de nuestras gentes del campo y de la ciudad.

Ese "rastreo en nuestro carácter" que entregan estas "espesas estampas" está efectuado esencialmente sobre el habla popular. A fin de cuentas, el modo más cierto de conquistar personalidad es por el empleo del lenguaje. Los personajes de Labrador Ruiz —trastuntos de nuestro pueblo— lo atestiguan a plenitud. El autor, con su inclinación hacia la forma interrogativa, con su tendencia hacia la divagación y el claroscuro, va tejiendo estas fórmulas y penetrando en la gruesa atmósfera que ampara a estos habitantes de nuestros pequeños pueblos donde el choteo y la difamación clavan hirientes saetas, producen rebajadores y jocosos comentarios.

Basta por hoy, aunque no todo lo que quería decir acerca de *El Gallo en el Espejo* ha quedado aquí expresado. Habrá alguna vez que intentar una explicación de ese aire desvaído y ausente que poseen tantos personajes de este novelista, ese querer y no querer que asume su conducta, en fin, esa abulia que domina a muchos de sus habitantes de ficción. Estos cuentos, como rastreo de nuestro carácter, acaso nos están diciendo, en la forma oblicua que adopta el arte, nos están diciendo el tono y el menester de nuestra existencia nacional, y la fisonomía rota o frustrada de nuestro destino. Con seguridad que en las próximas obras que Labrador Ruiz nos anuncia quedará fijado y determinado este perfil de cubanía que todavía espera su definitiva creación literaria.

La Habana, 1953.